

Deconstructivismo: arquitectura sin inhibiciones

ALFONSO BONILLA MARTÍNEZ

Qué esperar de la arquitectura para el nuevo milenio, cuando el modernismo y el posmodernismo vigentes en la práctica, han sucumbido frente a las críticas de quienes enarbolan nuevas causas teóricas y orientaciones constructivas, entre ellas la del deconstructivismo.

Entender este paradigma implica reconocer que existen cambios insoslayables en todos los ámbitos humanos, es decir, precisa conocerse la tendencia de éstos, y proyectar a futuro aquellos que arrojen las conclusiones más adecuadas para la conformación de una mejor sociedad. Sin embargo, no todo proceso evolutivo es lineal y dirigido a la obtención de un bienestar integral, llámese social o individual.

El rumbo que ha tomado la arquitectura, así como la dirección de la humanidad aún no se ha determinado, por lo que se requiere observar cuáles son los móviles que la han conducido y cómo los han asimilado quienes dan forma a las urbes: los arquitectos.

Según los críticos de la modernidad y la posmodernidad, la humanidad se aventura a su reconstrucción, no sólo en el terreno ético, moral, religioso, sino en el material; en sus maneras y usos, en su arquitectura, ese arte que expresa los cambios del pensamiento en cada una de sus formas constructivas.

En este sentido, "el completo fracaso de los sistemas totalitarios en el terreno de la creación intelectual (arte, literatura, filosofía) demuestra sin lugar a dudas su

incapacidad para satisfacer las necesidades afectivas e intelectuales del hombre, que no pueden ser indefinidamente reprimidas", señala el filósofo Victor Serge, quien en *El drama de la conciencia moderna* rechaza el término racionalización —como otros críticos— por considerar que la razón en la actualidad es una expresión deshumanizada que en forma irremediable ha llevado al hombre a la carencia de una conciencia clara y a una crisis de identidad.

Explica que "el espíritu que, al ejercer su influencia sobre el hombre común, se convertía en él en una aspiración a la conciencia clara, racional; experimenta un retroceso o, más exactamente, una degradación —pues—, vivimos en un ambiente saturado de una producción intelectual pobre y de groseras falsificaciones. Encontramos todos los días gente para la cual los jefes tienen la razón; la mentira es buena si sirve a la causa; la condena prueba suficientemente la culpabilidad... gente, en una palabra, para la cual la preocupación por la verdad objetiva, impersonal, independiente de las consideraciones de oportunidad, no existe. El sentimiento que tiene de su dignidad personal, bastante grande en la vida corriente, no los guía en el terreno de la inteligencia".



Edificio en Praga (maqueta) de Frank O. Gehry

Por lo anterior, concluye que el "oscurecimiento de la conciencia desde hace un cuarto de siglo es un hecho de extrema gravedad", casi de muerte, que conduce, a fin de cuentas, a nuevas formas de pensar y actuar.

Por su parte, Richard Rorty, crítico de izquierda, en *Los intelectuales al final del socialismo*, sugiere un cambio en la forma de entender la función de los líderes de opinión e intelectuales, así como dejar a un lado el empleo de nociones como

mistificación e ideología, ya que insinúan que es posible ver a través de las construcciones sociales y discernir algo que es más que una construcción social: la construcción de una sociedad mejor que la actual, en el sentido de contener menos desigualdades.

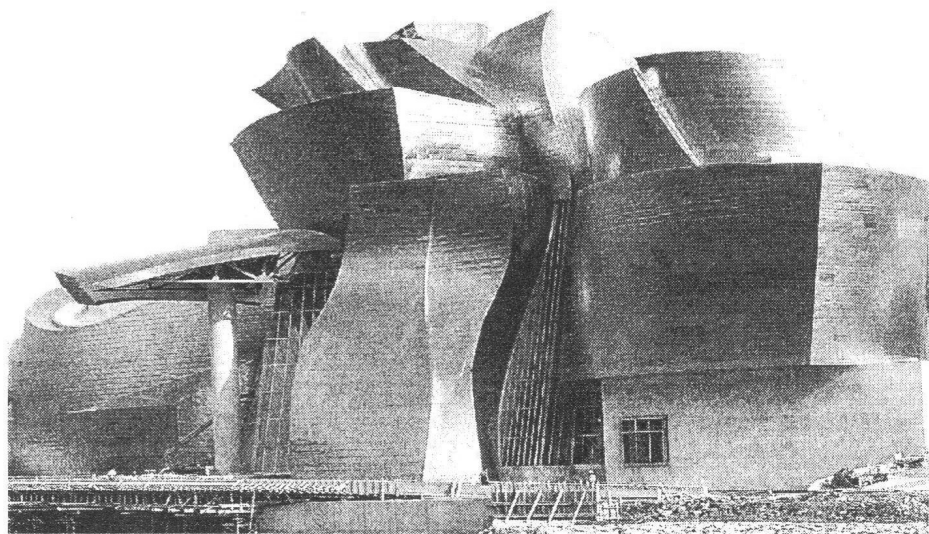
Sin embargo, este crítico que vio, así como cada uno de nosotros, el fin del socialismo a gran escala y con ello la pérdida del sentido de bienestar social, señala que aún se sueña con una época en que la avaricia —y su manifestación actual más conspicua, el consumismo— desaparezca del corazón de los fuertes y se reemplace con el desprendimiento, que hasta ahora sólo se ha encontrado en pequeños grupos de revolucionarios oprimidos y disidentes.

La improbabilidad de este sueño en la humanidad moderna, tecnológica y consumista, se da a partir del hecho de que nadie se ha interesado mucho en ello y menos la humanidad premoderna, que carece de una conciencia crítica —y en cambio posee una magnanimidad impresionante—, que se perdió en el curso de los rápidos cambios producidos por la tecnología moderna.

"Si no entendemos esto —dice Richard Rorty apenas en 1985— sencillamente sustituiremos a la tecnología por el capitalismo, como la responsable de los males contemporáneos; al individualismo por la cultura burguesa y al consumismo por la desafortunada falsa conciencia".

Entre tanto, se tiene que el término de posmodernidad es un término inadecuado, ya que —si escuchamos a algunos de sus mentores—, éste se traduce como "ahora", en donde se pretende ser una reescritura de ciertas características de la sociedad y de la cultura modernas.¹

Vale la pena recordar a Max Weber, quien señala que "la modernidad está caracterizada por la aparición de las diversas esferas de valor o dimensiones de la razón y su creciente autonomización". Esta diferenciación de la razón conduce a su fragmentación o desintegración y al creciente dominio, bajo las circunstancias de la Revolución Industrial y de la racionalidad científico-técnica. Entonces, cómo reescribir lo que se está fraguando en la sociedad y cultura modernas.



Museo de la Fundación Guggenheim en Bilbao de Frank O. Gehry

En suma, el proyecto de modernidad todavía no se ha completado, y el entendimiento que se tienen del arte —entiéndase también arquitectura— es sólo uno de sus aspectos. El proyecto posmoderno apunta a una nueva vinculación, diferenciada de la cultura moderna, con una praxis cotidiana que todavía depende de herencias vitales, la cual se empobrecería si sólo se dedica a la recuperación del mero tradicionalismo. Esta nueva conexión sólo puede establecerse bajo la condición de que la modernización social será también guiada en una dirección diferente. La gente deberá ser capaz de desarrollar instituciones propias que pongan límites a la dinámica interna del modernismo y a los imperativos del sistema económico —casi autónomo— y a sus complementos administrativos.

Bajo estos imperativos nace el deconstructivismo, quimera arquitectónica que algunos defienden marcando su distancia con el modernismo, posmodernismo y otras corrientes estéticas.

Antilógica y razón

El deconstructivismo se plantea como el cambio en la forma de construir, debido al descontento con los resultados de la modernidad y la posmodernidad. Este concepto nació, igual que los que le antecedieron, de la literatura y la filosofía, y significa la descomposición de los conceptos en sus partes. Se cita al filósofo Jacques Derrida como uno de los exponentes

más claros en el cuestionamiento de la posmodernidad, a Disneylandia y a la fatigante modernidad racional. Por ello, lo característico en la arquitectura de este género es la perfección violada, sin embargo, en los comienzos de ésta se encuentran algunas razones pragmáticas.

Componentes deconstructivistas

En este contexto nace el deconstructivismo, que no representa un movimiento ni un estilo nuevo. No es un credo, y ni siquiera tienen reglas de oro, es sólo la confluencia, desde 1980, del enfoque arquitectónico en las obras de unos cuantos arquitectos, que da como resultado formas similares. Se trata de una concatenación de tendencias afines en varios lugares del mundo.

Los temas formales que se repiten en cada uno de ellos, son la superimposición en diagonal de formas rectangulares o trapezoidales, aunque este recurso aparece claramente en la obra de toda la vanguardia rusa, desde Malevich hasta Lissitzky.

Los cambios que más se evidencian son los fuertes contrastes entre las imágenes retorcidas de la arquitectura deconstructivista, en contraposición de las imágenes "puras" del estilo internacional, como así lo hace Zaha Hadid, arquitecto iraní, quien veía que la fragmentación de la forma implica que las reglas de composición tradicionales ya no son válidas, por ello no era necesario romperlas, sólo "torcerlas" un poco

e incorporarles cierta fluidez que proporcione movimiento a los espacios propuestos.

De igual forma ocurre entre los arquitectos del constructivismo ruso, los pintores y escultores realizan producciones afines a la arquitectura deconstructiva, pues al parecer ésta es inherente al ser humano, o a su afán creativo.

Fue en la exposición de 1988, *Deconstructivist Architecture*, organizada por Philip Johnson en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, donde se dio el nombre de deconstructivismo a esa arquitectura, aunque resultó difícil clasificar bajo ese concepto a todos los arquitectos invitados a esta muestra.

Los trabajos expuestos por el arquitecto Rem Koolhaas fueron más bien una acumulación de diferentes componentes que no necesariamente eran deconstructivos. De igual manera sucedió con otros expositores, por ejemplo, con los arquitectos españoles Eric Miralles y Carmen Pinós o el americano Owen Moss.

En el deconstructivismo se concentran las fluctuaciones de la arquitectura *Hig Tec* o sus tecnicismos exagerados. También hay excéntricos que no pueden catalogarse dentro de esta fase, pues mantienen una visión personalísima de la humanidad, como por ejemplo Lebbeus

Woods, que plantea una versión catastrofista y decadente de la civilización futura; sin embargo, su planteamiento tiene como base el descomponer, sustento del deconstructivismo.

Algunos otros rasgos formales son: el abandono de la vertical y la horizontal; la rotación de los cuerpos geométricos alrededor de ángulos pequeños; las construcciones con un efecto provisional; la descomposición de las estructuras hasta el caos aparente y la actitud de *form follows fantasy*.

Los pensadores Theodor Adorno y Max Horkheimer, en su *Dialéctica de la Ilustración*, suponen que para ser autónomo, todo trabajo artístico debe distanciarse de las referencias que lo preceden, lo que no ocurre en la arquitectura actual, donde hay un rechazo al modelo internacionalista monotemático e indiferenciado.

El deconstructivismo propone un posmodernismo multiestilístico individualista, como la antítesis de la que ya aparecen ejemplos de síntesis en los trabajos de Nouvel y Tschumi, de Dominique

Mantras de Michael Sorkin

1. La arquitectura no es un lenguaje universal.
2. Si la realidad virtual vale, la arquitectura no.
3. La hermenéutica de la nada produce desesperación.
4. Luchar para decidir, morder las manos invisibles.
5. Como en el arte, la función sigue a la forma.
6. Lo funcional se inicia con lo divertido.
7. La retícula dejó de ser generadora de formas.
8. La tecnología arquitectónica debe cuestionarse.
9. Hacer nacer edificios de semillas sanas.
10. La arquitectura no es cine, escultura, jardinería.
11. Menos es menos, las expectativas son incesantes.
12. La ciudad inventa la arquitectura.
13. La carga de la serenidad debe rechazarse.
14. Si la enseñanza no amplía la percepción, es inútil.
15. Hay que protegerse contra demasiado orden.

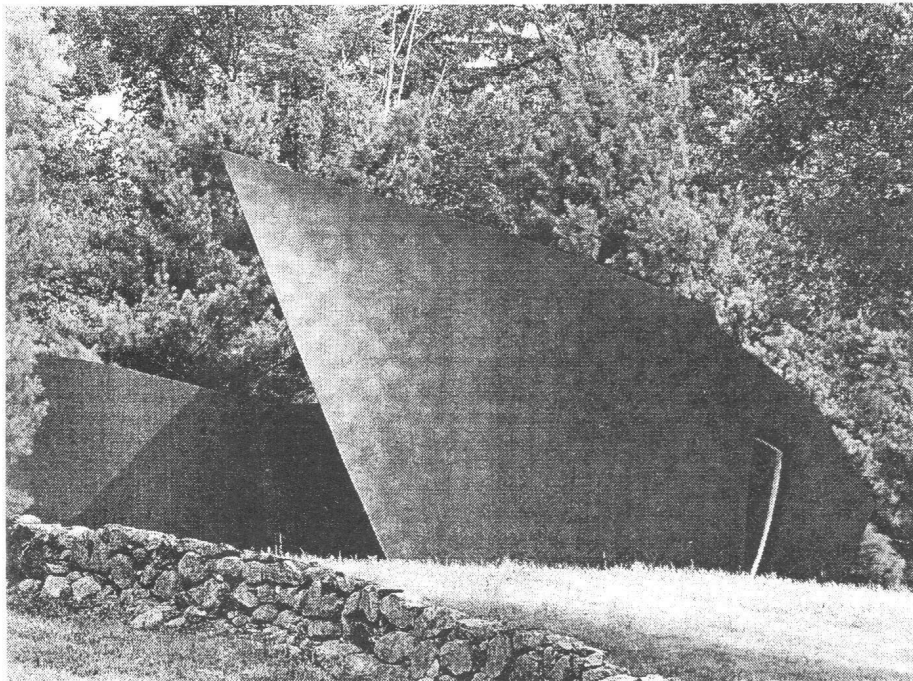
Perrault y otros arquitectos franceses, alemanes e ingleses.

Pese a las características en común, existen diferencias sustantivas entre sus exponentes, en cuanto a lo que entienden y desean del deconstructivismo. Algunos de ellos son, al parecer, apasionados del cambio por el cambio mismo.

El arquitecto Peter Noever, por ejemplo, presenta casos de un lenguaje arquitectónico diferenciado, en el que separa, rompe y fragmenta los elementos arquitectónicos e intenta reutilizarlos de manera insólita, no siempre de manera aceptable.

Cabe recordar que en arquitectura aparece primero la práctica, y la teoría se intenta después; la crítica expresa deslumbramiento y aversión, por una parte elogia la búsqueda, y por otra rechaza los resultados dislocados y desacralizantes de este nuevo ritmo constructivo.

Esta manera de hacer arquitectura permite criticar la forma y la construcción lógica racional. Se llega al elogio de lo caótico e irracional. Se postula el espacio abierto a cualquier uso y no al cerrado. La deconstrucción no es una nueva teoría, sino una nueva estrategia de diseño para huir de lo absoluto y determinado, explorar lo inconsciente como origen de lo creativo; éste



Pabellón en New Caanan, Connecticut, proyecto arquitectónico de Philip Johnson

no crea categorías jerárquicas que intentan legitimarse, con sentido del humor se burla hasta de sí misma.

Los trabajos del arquitecto Alois Martin Müller, intentan revelar las estructuras no conceptuales de lo inconsciente, ver lo incierto fértil tras lo aparentemente caótico. Intentan ir más allá del culto a lo nuevo, lo efímero o lo transitorio. Presentan desviaciones, complicaciones, incongruencias y lo aleatorio de las experiencias europeas y norteamericanas, en las que se manifiesta un culto a lo indeterminado, como un "antimétodo".

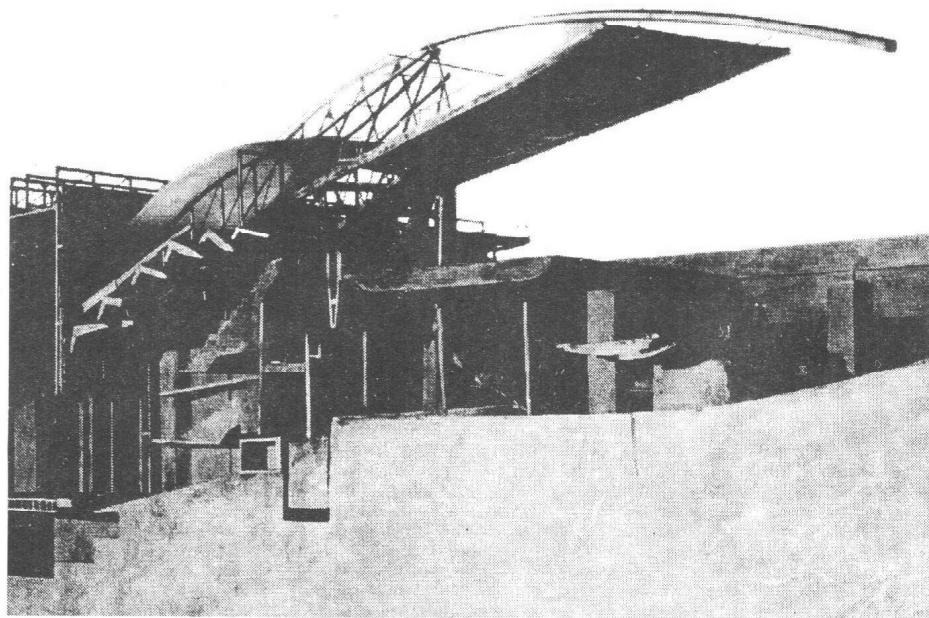
Estas expresiones son fragmentarias, sin centros ni estructuras conceptuales o estilísticas. No son unitarias ni simples, ni están sujetas a la racionalidad técnica. Se diseña contra la armonización, se agrade con placer, para llevar al límite la razón constructiva. Se practica la excentricidad y el collage cultural.

Es decir, todo diseño se postula como una metáfora de las energías culturales que lo producen. En los procesos de diseño se manifiestan los desórdenes inconscientes del momento histórico. La cultura se ve como acto fallido freudiano que oculta y revela fracturas psíquicas.

El estilo de diseño de Wolf D. Prix (Viena, 1942) y Helmuth Swiczinky (Polonia, 1944), propone estructuras fragmentadas, torcidas, una arquitectura abierta en broma, sin solemnidad, forma o función definida.

El estadounidense Peter Eisenman opina que la arquitectura es una disciplina problemática porque no tiene un sistema de signos explícitos. No puede expresar la felicidad, la tristeza, la bondad o la maldad ni cualquier otro concepto emocional o filosófico. Asegura que en la literatura, la relación entre significado y signo es opaca, por lo tanto, ambigua. Además, exhorta a desechar el estudio de los programas, la tipología y el estilo formal de esta área, pues no hay criterios definidos o únicos en el arte ya que existen muchas soluciones válidas.

Eisenman, uno de los primeros deconstructivistas, postula la desarticulación del "prisma rectangular primordial" y la desacralización de todo postulado teórico.



Centro de arte dramático en Los Angeles, California, 1989, del grupo Morphosis

Por otra parte, el arquitecto Thom Mayne señala que el "aislamiento compartido" es algo común entre los arquitectos que participaron en el ciclo de conferencias sobre la arquitectura actual realizada en Munich en 1991. Para él, el lazo de unión entre los conferencistas es el desorden y el caos, y no un lenguaje formal dominante, que sin embargo todos ellos rechazan.

Michael Sorkin, arquitecto norteamericano, en su trabajo investiga y explora diversas posibilidades de modelos utópicos urbanos. En el ciclo de conferencias antes mencionado, presentó los "mantras del milenio", en los que sintetiza sus ideales (ver recuadro). Sugiere que la arquitectura actual sufre una crisis de identidad, de carencia de valores en un tiempo de simulaciones, y propone romper la estructura de los significados de lo arquitectónico. Declara que todo es válido, ya que todo puede mezclarse con todo, para de esa manera reconciliar la simulación con lo auténtico y hacer valer lo apócrifo y darle autoridad.

Menciona que la realidad virtual es un alucinógeno electrónico para planear la nueva arquitectura del espacio irreal e inmaterial: es una metodología posfuncionalista en la que la forma no sugiere nada, ni a la función ni a la tecnología.

Queda claro que el deconstructivismo, más que ser una alternativa para la construcción, es la conjugación de diversas interpretaciones personalísimas, que contienen puntos en común como son el cambio y la diferenciación de formas arquitectónicas pasadas. El deconstructivismo fomenta lo mismo que criticó del modernismo y posmodernismo, es decir, cae en el extremo opuesto, creando una síntesis de lo pasado y lo reciente. Se crea pretendidamente un estilo afuncional, irracional, inútil, antiético, ininteligible; donde la forma se adquiere por la forma misma, en favor de un antinternacionalismo, de una anti-comercialización, que no se logra.

Quieran o no, la arquitectura que hacen los seguidores del deconstructivismo es frívola y carece de un sentido de bienestar social. En México, la posibilidad de un megaproyecto deconstructivo parecería insano ante las necesidades apremiantes de la población. Sin embargo, no por ello se deben dejarse de lado estos trabajos, pero sí analizarse y contraponer sus planteamientos con las exigencias de la actual sociedad, en el sentido de lograr un cambio favorable ante el nuevo milenio.

J. J. F. Lyotard, "Reescribir la modernidad", en Revista de Occidente 66 (1986).